

22

HERENCIA DE CENIZAS

Buscando a Tania nos adentramos en un sector no cartografiado de Ciudad Oscura. No tenía nombre, ni coordenadas precisas. Lo llamaban simplemente La Zona Gris.

Aquí, la ciudad perdía sus límites, desdibujada entre la realidad y los delirios de quienes aún sobrevivían. Las estructuras eran esqueletos retorcidos, y el aire tenía un sabor metálico, como si estuviera impregnado de los últimos suspiros de la civilización.

Buscando a Tania nos volvimos a encontrar con alguien que no esperábamos...

Tobías Darwin, el hermano perdido. El científico renegado. El idealista que había cruzado la delgada línea entre el conocimiento y la obsesión. Sabíamos que su familia había estado implicada en los primeros ensayos de la vacuna. Pero lo que no sabíamos era que Tobías había continuado el trabajo... en secreto. En soledad. Al margen de toda ética.

Y ahora, su propósito era otro.

—La vacuna... sí, la perfeccioné—dijo, mientras observaba una matriz orgánica en suspensión dentro de un cilindro de vidrio—. Pero comprendí demasiado tarde que no era una cura lo que necesitábamos. Era un final.

Nos habló con calma, como quien explica una ecuación inevitable. Según él, la humanidad era el

verdadero virus. Que dejar que el mundo se apagara era su acto más puro de amor.

—El uranio solo es el principio. El catalizador desatará una reacción en cadena. No habrá ni zombis... ni humanos. Solo silencio. Por fin.

Luciana, su hermana, estaba allí. No como cómplice, sino como prisionera de su propia lealtad. Durante años había creído en él, en su visión, en su inteligencia. Pero lo que había visto en los últimos días había quebrado algo dentro de ella.

—No es esto lo que mamá y papá hubieran querido—le gritó, con lágrimas y furia—. Ellos querían salvar, no extinguir.



Tobías dudó. Solo un instante. Pero el fanatismo ya lo había devorado.

Activó el sistema de defensa de su laboratorio oculto: una red de torretas, drones y un sistema de biocódigo que sellaba la salida. Nos enfrentamos a una lluvia de obstáculos, entre tecnología avanzada y trampas bioquímicas. Fue una carrera contra el tiempo, contra la traición y la desesperación.

La batalla final contra él no fue grandilocuente. Fue triste.

Cuando lo tuvimos acorralado, Tobías no suplicó ni se defendió. Solo murmuró:

—La ciencia no puede salvar un alma que ha olvidado por qué late.

Y con una mirada vacía, se dejó vencer.

Luciana, temblorosa, desactivó el sistema. Nos entregó una tarjeta de acceso con el sello genético de su hermano. En ella estaba almacenado el último fragmento del proyecto original: una secuencia proteica esencial para que el catalizador y el procesador cuántico pudieran sintetizar la vacuna.

Ya lo teníamos todo.

Mientras abandonábamos La Zona Gris, Luciana nos acompañó. No con la serenidad de quien escapa, sino con la determinación de quien sabe que aún queda una última batalla.

Porque ahora sabíamos que Tania Turkishova nos estaba esperando.

Y no quería negociar.